

Manifiesto abierto a la estupidez humana

Introducciones y capítulo I.

Enzo Flavio Bazzo

Aunque no necesariamente comulgamos con el escrito de Bazzo, no cabe duda que su vigencia de su crítica, en la actual sociedad de masas, marketing, etc., tiene su validez. Además como hace ya tiempo nos tomamos el trabajo bastante engorroso de digitalizarlo, pues intentaremos publicarlo por tomillos como se hacía en las revistas antiguas. Por cierto hay un problema con la digitalización y salen las Q' mayúsculas, espero que no les importe... Los editores.

JUSTIFICACIONES PARA LA TERCERA EDICION

Un día, cuando el tiempo se haya encargado de reducirme a un viejo harapo, cuando mi inteligencia, mi amor y mi vanidad están en el «front» del *aquí y del allí* entonces transmutar. cada una de "esas páginas en cuarenta páginas (83 páginas x 40 páginas = 3,320 páginas), donde dejar, explotar brutalmente el cinismo y las protestas más personales de mi alma. Hará, entonces, de mi pluma el bisturí incansable de asesinar conceptos, mentiras, leyes y vergüenzas. Abrir, las compuertas de la historia, del fracaso y de la ingenuidad milenaria de los hombres; después, por mi propia cuenta, solitario como un niño huérfano, bajar, el rincón más asustador del misterio y no regresar, jamás, porque de ahí nadie ni nada regresa. Por ahora, aún sigo bailando por sobre las ilusión de mi juventud, el amor me engaña día tras día, la salud me promete un poco de la eternidad y la inteligencia me hace cómplice de un seudosaber que nos ahoga. Por ahora, como les decía, no existe nada que se pueda decir, escribir o introyectar en las venas cansadas de ese manicomio. Nada a decir sobre esos últimos rituales de la creación, de la ilusión y de la pasión de los hombres... también porque acabamos siempre escribiendo de nosotros mismos, de nuestras taras incurables, de nuestros pasados, de nuestras cobardías y, por fin, de nuestra enfermedad. Una calzada matutina, un perro siempre solo, los zapatos sucios e impersonales de un mendigo, la calle, las instituciones, los seres y la comedia sin fin de nuestra especie. VEAN... VEAN... ahí está un maestro y sostiene que lleva en si todo el «saber». Allá está un médico y sus achaques y molestias son siempre más incurables que los de sus clientes. Por allí vive un comunista-agiota. Aquí trabaja un mormón, al lado un rabino-sionista. Arriba un hare-krishna, abajo un cura, mientras en el más allá, en lo eterno, carcajea un dios cobarde y sádico. *El Comercio* se desarrolla, es la única (institución progresista) que ha logrado fuerza y poder. A cada día se fabrican miles de libros, conferencias, clases, tesis, cumpleaños, bodas de huesos, sífilis y nuevas máscaras de madera para perpetuar el simbolismo frío de nuestra cara... BORGES, el viejito burócrata que logró «convencer» a la muchedumbre de su genialidad. Su frase más sabia (sé que es suya): «*Ah, si la muerte no fuera tan larga!*» Si se pudiera morir por lo menos. Pero es exactamente allí donde vigía la imposibilidad, el centinela del (no avanzar), la voz del retroceso, la paranoia de (ser), de (estar) y de (llenar un lugar) en aquella ventana puesta propositivamente junto al abismo. Escribo como un suicida que carga su pistola: una ironía salvaje en la mirada, un desprecio total por el «vivir» y una sutil huella de melancolía en los movimientos naturales de la boca. YO DENTRO Y YO FUERA somos mundos diferentes; uno es Kafka, el otro es discípulo de Nerón, por lo menos el segundo «puso fuego» a Roma, uno de los actos más honrados de la civilización

Romana. En fin, no sé por qué maldición me propongo a escribir otra vez, a mendigar citas con librereros, gerentes y con eruditos. Odio esa sumisión de mi (*alma*), esa predisposición al éxito que me aniquila. Que se chinguen los intelectuales y que se alimenten de sus propias taras... pero que no me exijan otra cosa más que el gozo de (*negar*), de (*maldecir*), y de (*nihilizar*) el ir y venir patético de ese momento de fiebre.

No se iludan con mis palabras; pues hombres como *yo* nacen únicamente para acelerar el banquete y el hambre de las fieras. Ninguno de Ustedes vale, para mí, más que los [perros amables de mi calle]. ni siquiera los conozco, y esta es mi suprema felicidad.

México, 8 de Septiembre de 1981
(Tiempo del mito de la bomba de neutrones)

NOTA PARA LA SEGUNDA EDICIÓN

... en esta edición se tuvo el máximo cuidado en no permitir ninguna corrección. ¿Qué tengo *yo* que ver con las obsesiones, con las pasiones o con la locura de los lectores? Mala traducción, *lexicus*, etc. ¿Qué es toda esa idiotez *cultural* que ahoga aún a los espíritus aparentemente libres? No, mi estupidez no llega a tanto, por haber escrito sobre ella muchos de mis pecados fueron purificados. Ustedes, los que están de manos en los bolsillos, mañana estarán seguramente *apuñalados* en la esquina de la calle Juárez. ¿Por quién? Por el hombre rebelde que está aplastado en sus corazones serviles. No mis compañeros, ustedes me exigen una revisión de este pequeño escrito, pero *yo* los oigo. ¿Para qué? Si mi alma tiene náuseas cuando escucha sus *gruñidos* insoportables de intelectuales o de eruditos. Bajo sus acusaciones y sometido al látigo de su *honor*, *yo* recito para mí mismo las palabras de Strindberg:

-Desahuciado por la sociedad, renazco en un mundo al que nadie puede seguirme. Acontecimientos insignificantes atraen mi atención, los sueños nocturnos revisten la apariencia de presagios, considero que estoy muerto y que mi vida se desarrolla en otra esfera.

... No, no tengan miedo. Hagan lo que quieran con este escrito, los dioses y las maestras de letras dormirán en paz (por lo menos por una noche).

México, XX de mayo de 1980
La ciudad más surrealista del mundo: diría Breton.

TODOS USTEDES ESTAN ACUSADOS

Levántense... El orador sólo puede hablarles si están de pie. De pie como para escuchar la Marsellesa; de pie como para el Himno Nacional; de pie como para el God Save the King; de pie como ante la bandera. Por último, de pie ante DADA que representa la vida y les acusa de que les gustan las cosas por esnobismo desde el momento que son caras.

¿Se vuelven a sentar?... Mejor, así me escucharán con más atención. ¿Qué hacen ahí arrimados unos con otros como ostras serias? Porque son serios, ¿verdad? Serios, serios, serios hasta la muerte. La muerte es una palabra seria, ¿no? Cada cual muere como un héroe o como un idiota, lo cual es lo mismo. La -única palabra Que no es efímera es la palabra muerte. La muerte es una palabra seria, ¿no? Les gusta la muerte para los demás. Mátenlos, mátenlos, mátenlos...

Sólo el dinero no se muere, se va de viaje. Es el dios, aquel a quien se respeta, el personaje serio. Dinero, respeto de las familias. Honor, honor, honor... del dinero.

Quien tiene dinero es un hombre honroso. El honor se compra y se vende como el culo. El culo, el culo representa la vida, representa la vida como las papas fritas y todos ustedes que son 'serios olerán peor que la mierda de vaca.

Dadá no sólo no huele a nada, no es nada, nada, nada, es como sus esperanzas:
nada

como sus *ídolos*. nada
como sus *políticos*. nada
como sus *héroes*. nada
como sus *artistas*. nada
como sus *cultos religiosos*. nada.

Silben, griten, rómpanme a cara, y ¿qué? ¿qué?....

Seguir, diciéndoles que eran unos primos. Dentro de tres meses, mis amigos y yo les venderemos nuestras obras por unos cuantos francos. *

* Manifiesto clarividente de Francis Picabia, leído en la noche Oadá del Theatre de la Maison de Louvre, París, el 27 de marzo de 1920.

Este ensayo es dedicado a ti. Muchedumbre.

A ti. Que mañana desearás vengarte de mí y me estrangularás en una calle desierta o en el silencio de la montaña.

A ti, que mañana desintegrarás los árboles, mancharás los ríos y tornarás insoportable el aire, el «amor», el alimento y la vida.

A ti, que robas y Que violentas corazones.

A ti. que siempre perseguiste el arte, la naturaleza y los vagabundos.

A ti, que eres esclavo y víctima de un cáncer llamado Dinero, Sociedad, Vanidad, Soberbia y Cobardía.

A ti, Muchedumbre, para que antes de tu muerte, puedas tener un perfil de esa tu vida MISERABLE.

EZIO FLAVIO BAZZO *Tiempo de la muerte de Marcuse, del derrocamiento de Somoza y del nacimiento de «nuestro» hijo, Ericco (Julio de 1979, México, D.F.)*

PRÓLOGO

Este manifiesto surge de la gran variedad, riqueza y amplitud de la experiencia humana; un vasto espectro que se nos muestra en la admirable capacidad racional del hombre por un lado y por el largo alcance de su conducta irracional por el otro, pero más importante aún surge de la propia experiencia y vivencias del autor. Quien toma una postura radical ante la vida. Es por esto que se podrá comprender que el valor de este escrito se encuentra más en su contenido que en su estilo literario que muestra una cierta singularidad.

La postura del autor se encuentra resumida en un sí y un no, una paradoja. El sí a la vida, que se obtiene a través de una actitud nihilista y de la plena conciencia de sus elementos negativos como es nuestra estupidez; es una aceptación de la vida a pesar de su inevitable dolor y corrupción.

Sin embargo, este caos no sólo actúa como una fuerza negativa, sino que también funciona como fuerza creativa y contiene las semillas de una nueva visión, en donde uno puede liberarse a sí mismo mediante la expresión creativa de la propia individualidad. Así el hombre podría ser ya no el producto de una convención moral, sino poder ser lo que es a través de la conciencia de su propio valor y de su condición humana.

Esta actitud se nos muestra ampliamente a lo largo del manifiesto, cuando el autor en un principio afirma detestar a la muchedumbre y al finalizar termina comprendiéndola y aceptándola. Por eso hacemos nuestras las palabras de S. Kierkegaard:

«... No se debe pensar despreciativamente de lo paradójico. La paradoja es la fuente de la pasión del pensador y el pensador sin paradoja es como el amante sin sentimiento: una vil mediocridad.» y así como me sorprendí retratada en muchas líneas de este manifiesto y empecé a cuestionar o volví a cuestionar mi vida, espero que para el

lector tenga un impacto tal. Que al finalizar su lectura sea capaz, al menos, de gritar:

-He de liberar mi deseo de ser un INDIVIDUO!

Martha P. Romero Mendoza

CAPÍTULO I

Un manifiesto es una comunicación hecha al mundo entero, en la Que no hay *otra* pretensión Que el descubrimiento del medio de curar la sífilis política, astronómica, artística, parlamentaria, agronómica y literaria. Puede ser dulce, bonachón o agresivo como la plaga, tiene siempre razón; es fuerte, vigoroso y lógico.

Tristán Tzara

Ora... Ora... Yo te entiendo POPULACHO.

Te entiendo aun cuando tú Quieres mutilarme, cuando no te conformas con mi paso, ni con mi postura, ni con mi voz. No tienes culpa de eso y tan lejos estás de toda existencia real que no hay forma ni ley que te pueda ejecutar. Ejecutarte sería crimen, absolutismo, no entender nada de tu posición milenaria y tan poco envidiable. Tienes razón, motivos e ignorancia suficiente para verme como me ves. Tienes secretos e insensibilidad bastante para invertir mis actos, corromper mis sueños y para acusarme de cosas Que sólo los iguales a ti pueden hacer.

Tu vida fue siempre débil, tu cuerpo siempre enfermo, tus pensamientos siempre llenos de chauvinismo. Nunca estuviste más allá de tu casa, de tu fría oficina de tu iglesia y de tu grupo neurótico de amigos o de mujeres sumisas, esclavas tuyas, dependientes y reproductoras que jamás pudieron tomar una posición delante de una servidumbre tan desgraciada. Nunca visitaste una prisión, una cárcel o un sanatorio de viejos y por *eso*, no sabes nada de ti, ni tampoco de aquellos que pagan por ti con la vida. Nunca pensaste en la prostitución de las mujeres de la calle y de tu propia mujer, y siempre estas listo para hacer más y más prostitutas, sin saber que serás la víctima de tus propios crímenes. Nunca te permitiste una palabra a un mendigo fantaseado de llagas o de sangre y eres siempre tú.

Siempre tú. Populacho, en tu porte de macho-doméstico, con ropas de la moda pagadas en prestaciones absurdas. Siempre tú (embarcado) en tu sonrisa plástica y siempre rebajándote a superiores o a quien va a recomendarte mañana. Nunca observaste a la naturaleza en tu vuelta, ni nunca tuviste la osadía de dudar, investigar y renegar a valores que esclavizan y refrenan a millares de seres como tú. Nunca respetaste verdaderamente a una mujer y. cuando lo juras que lo haces, es por que tomas desinterés por respeto.

Siempre tú. Populacho dominador.

Siempre tú a colores en la video de las novelas, en el trono de las embajadas, en las salas del Vaticano, en la puerta de los burdeles, en la rectoría de la universidades, en el poder oligárquico de los Estados totalitarios (no hay Estado que no sea totalitario) y en la comedia humana. Siempre tus gestos duros a manejar cuchillos de oro que costaron la vida y la miseria de muchos. Pero, *yo* te entiendo. Te entiendo y te comprendo cuando regresas fatigado y con el signo del buitre en el pecho.

Para ti la filosofía es inútil y cuando repites axiomas estereotipados, lo haces apenas para justificar esa tu llaga incurable de ser Populacho, de no haber oído tus orígenes que te llaman. -Te entiendo Populacho! Te espío que comes con furia. Que

limpias los dientes como un mono y que te sientas en el balcón de tu casa, para saludar doctores, políticos, secretarías, comerciantes, ladrones y otros representantes del fracaso humano. Te sigo en la multitud, y vas siempre mirándote en las vitrinas, pasando las manos por las nalgas, cuidando para no ensuciar los zapatos y compitiendo hasta con los pobres guardias de un mercado. Quieres que las mujeres te admiren y que los hombres te envidien y que los banqueros se quiten el sombrero cuando tú entras en sus casas de robo. (Las bancas son las casas donde los ladrones son llamados señores y donde el material del robo puede tener seguridad.) En tu casa, te embriagas con una semana de vacaciones, exiges que tu hijo tenga miedo de ti, que tu esposa sea tu esclava y que tus vecinos te soporten en silencio. La poesía te repugna, la música no la puedes diferenciar de otros ruidos, el arte tú lo confundes con técnica, los viajes tú los haces con «cicerones» y sólo vas al Louvre y al Lido, o al Pantheon, o a la playa de Ipanema, porque crees que van a darte Status.

Del «amor» tú hiciste un acto exclusivista, donde todo se acaba en una triste eyaculada. Tu ciencia, son las órdenes militares que recibes y tu engrandecimiento tiene siempre influencia de la bolsa de valores. Como por ironía, cuanto más dinero acumulas más pobre te quedas y cada vez más eres robado y odiado por aquellos miserables que quieren ser como tú. Lo que te separa aún de ellos es apenas el dinero, apenas el tiempo, apenas la proyección paranoica, la defensa de automutilamiento y tu presencia en un teatro de lujo o en una sociedad hermética.

-Pobre Populacho!

Nunca tuviste el placer de conocer un hombre como Nordau, como Nietzsche o mismo de estar acostado bajo un árbol. Sólo conoces el panfleto anual de la Cooperativa Pública, la Biblia, el Alcorán, el Bagha Vajita u otros montones de mentiras, que fueron haciendo de ti un mentiroso, un falso, un cobarde y un débil mental. Comes el alimento que corruptos te venden y envenenas tu cuerpo y te entregas sumiso a un consumo desenfrenado y paseas por mercados enajenados creyente que la industria te tiene como un ser biológico vivo. Pagas con «honra» la leche falsa, el pan falso, el azúcar falso, los huevos falsos... y después, ingieres otra vez remedios falsos, para curar tus riñones falsos, tus intestinos falsos, tu corazón falso y flaco de Populacho. Mueres todos los días por causas que no te dicen respeto y tu trabajo aún rinde al patrón mil veces más de aquello que recibes callado. Y tú lo sabes... y tú lo aceptas... por eso eres Populacho, por eso eres la llaga del mundo, la escoria rastrera, el sumidero insoportable de las civilizaciones. Y, cuando *ya* cumpliste con las «buenas maneras sociales» y *ya* compraste una casa, un coche, un título en una sociedad campestre, entonces embarazas a tu mujer y defines: -el hijo será médico! O, si por desgracia fuera una hija. -tendrá que ser pianista o cirujana plástica! Cueste lo que cueste, el pobre niño deberá trillar el camino que tú, frustrado, caduco y ganancioso deseas. Tu ignorancia aún te hace ver al médico como los bárbaros veían a los hechiceros. Quieres tener un hechicero en tu familia para que el hechizo salga de ti y no venga para ti. No te importa si ese hechicero ubica su sueño en dirección a la Magia Negra, pues bien lo sabes que el Populacho no entiende nada en la esencia. Vas así protegiéndote siempre más, compras más tarde un *yate*, sometes tu enfermedad a «terapias», vas otra vez a Cancún, compras plata en Taxco, reproducciones de Salvador Dalí y -tienes delirios de ya ser noble!

-Ah, Populacho!

Fumas con gestos que no son *tuyos*, repites seguidamente una frase germánica y haces intentos eternos para ocultar tu miseria. Sí, tu vida es intentar ocultar tu ignorancia, tu historia de siervo y tu cuerpo embalsamado que huele mal. Pero, creo que el olvido no te llegará jamás y que la bandera del odio no permitirá nunca el silencio de tus orígenes.

Tu hija *ya* habla idiomas, *ya* puede ejecutar Liszt, porque tú la obligaste y *ya* fue presentada al novio, rico y licenciado, sólo que impotente y atraído por la heroína. Pero, tú no te preocupas con estas imperfecciones sociales, principalmente cuando hay mucho dinero en el juego. Si, Populacho, tu hija sólo tiene un camino a seguir: el de caer otra vez en los brazos del Populacho y generar otra vez Populacho, un Populacho cada vez más detestable,- cada vez más perverso e INSOPORTABLE. Pienso que todo en ti fue «fundamentado» en el miedo, y por eso, tú luego cuelgas en tu pecho una cruz o un talismán. Por eso tú luego te identificas con un partido de golf o de fútbol y engordas como un cerdo. No tienes ningún deseo de pensar, no quieres ir más allá de nada y repites fantasías mediocres, gestos endurecidos y seducciones mórbidas y llenas de hielo. Para ti, los símbolos son más importantes que las cosas simbolizadas y los fantasmas te hacen defecar en una calle o sentirte un superhombre en una casa de «Umbanda».

Eres -para mí- un perro encadenado y cuando se te escapan algunos ladridos, no lo haces por convicción y sí por sumisión. Te codeas en las universidades con miembros de la gran muchedumbre y estás siempre buscando erudición, nunca sabiduría. Antes, decías ser comunista e imitabas a Lenin; después decías ser marxista y tenías crisis histéricas al hablar de Marx; más tarde en el día de tu licenciatura, hasta un ciego podía diagnosticarte como un fascista-imperialista. Abres casas «filantrópicas», entidades «para el bien de la humanidad», pero luego te eliges presidente-director y exiges Que tus órdenes sean cumplidas.

Vas a los periódicos para ser fotografiado y extiendes tu brazo arrogante, al que te implora ayuda. Estas triste y listo a poner fin a la vida en tu casa, pero basta una sola golpeada en tu puerta, para que te perfumes y sonrías como un monje ZEN; pero el Zen no se puede comprender cuando lo alienamos en su propia categoría, separándolo de todo lo demás. Zen es más allá del mundo de los opuestos, construido por el discernimiento intelectual... un mundo espiritual de indiscernimiento que implica un punto de vista absoluto como lo dice Suzuki-, *el absoluto no se distingue del mundo de la discriminación... el absoluto está en el mundo de los opuestos y no fuera de él!*

Aunque la angustia de ser muchedumbre te queme, tú estás siempre intentando demostrar discernimiento, libertad y convicción; pero sabes que no pasas de un hipócrita de las masas. Las hijas de los otros, tú las persigues para copular con ellas; las tuyas, mismo cuando tienen un orgasmo fuera del matrimonio, tú las acusas de prostitutas y libertinas...

Ayer agrediste una vieja alemana, porque decías: -era una puta agiotista! Hoy, tú eres intermediario, explotador y corrupto. Espías desde tu ventana a tipos como tú y te olvidas que tu mujer lo hace de manera semejante y despreciable. Quieres ser el más rico, el más famoso y renombrado, para tanto, mientes, robas y escupes en la cara de la humanidad. En los teatros, tu aplaudes eje pie, aun cuando no entendiste una palabra o aun cuando la música erudita te enoja... Pero tú sabes que el Populacho te observa y te juzga por tus aplausos y por tu ropa de casimir. Incitas a tus amigos al matrimonio porque no quieres estar solo en el abismo donde bajaste y, luego después, los incitas otra vez a tener hijos, a viajar para Europa, a comprar una casa de campo, a pertenecer a la mafia ya seducir adolescentes.

La enfermedad es tu compañera de siempre. Vas entonces al Populacho médico que te recomienda todo aquello que la ignorancia médica permite y tú, pobre desgraciado, comes hasta excrementos si así ellos te prescriben. -Ah, Populacho! Fuiste conquistando todo el mundo y *hoy*, hasta los medios de información te pertenecen. En tirajes cada vez más largos, tus periódicos hablan de crímenes, de las oscilaciones de la bolsa, de promociones mediocres de técnicos que son confundidos con artistas y de toda

la prostitución social. Tienen la libertad y la estupidez de ahogar al pueblo en asaltos, en demagogias comerciales, en histerismos políticos y en informaciones falsas como tú mismo lo eres Populacho.

Vas otra vez a los teatros, con tu voz reprimida y te confundes con otros pederastas y homosexuales como tú y sueñas estar haciendo la Revolución-Social-Sexual del siglo. Las calles, las escuelas, los clubes y las iglesias están llenas de personas que no merecen que se les hable... Hombres de tu índole se proliferan como las ratas y son los hospederos directos de la decadencia.

Tú, cuando perteneces a alguna «aristocracia» eres siempre un «aristócrata» de nacimiento o de dinero, jamás un aristócrata del espíritu, a pesar de la aristocracia del espíritu ser la única de la cual te podrías vanagloriar. Pero, debo confesar: tú venciste al mundo. En este mundito de reptiles tu voz fue oída, tus *leyes* son estúpidas pero son *leyes* y tu bandera ondea siempre al viento de la falsedad humana. Conseguiste confundirte a ti mismo, inutilizar el suelo, retrasar a viejos y niños esquizofrenizar a la juventud y esquematizar una ruta suicida a la vida. Conseguiste crear los estados, los países, la mafia, patologías entre los hombres y entre las mujeres.

Conseguiste generar las bombas y matar a través de la acupuntura, a través de la cicuta y a través de los divinos y mágicos venenos farmacológicos. Conseguiste violar al mundo de los «locos», legalizar hospitales psiquiátricos y casas de prostitución femenina, también las inmobiliarias, el agiotismo, el alquiler y las profesiones más criminales, como la policía. -Ah, Populacho! Todos creen en tus «accidentes» en tus «infartos» y en tus inesperados destinos... Pero, los más lúcidos no caen en tu trampa y te sorprenden que, planeada y cobardemente, estás dando adiós a la vida. Como un conejo australiano te mueres psíquicamente mucho antes de tu muerte biológica. Yo, -sólo te espío! Nada tengo qué, hacer sino espiarte. En un momento lloro con tu llanto. En otro momento quiero carcajear con tu carcajada, Tú me impides vivir, pero por venganza te impido morir. Permanecerás vivo y «sensorio» hasta que se consuma en ti ese carbón húmedo y esa arrogancia nefasta que en ti habitan

-Ah, ralea humana! -Qué infelicidad contemporanizarte! -Cuántas veces te sorprendí humillando, mintiendo y robando!

Cuántas veces asistí a tus charlas, a tus conferencias, a tus rituales y a tus acusaciones arbitrarias. Cuántas veces te encontré bajo el efecto del alcohol o aplicándote heroína en las venas de los pies, o comiendo cabezas de hongos. Cuántas veces te encontré vendiendo títulos falsos, asegurando cosas absurdas, arrastrando a tu hijo indefenso para la piscina, mientras él gritaba «desesperado» por tu imbecilidad desenfrenada. -Ignorante! -Tus hijos son muertos inocentes y puros por tu barbarie! Eres un reproductor de cuarta categoría; por mí, *yo* te prohibiría tener hijos. Antes tendrías que comprobar que no eres un asno como esos que pasan la vida en el trabajo y que sepultan los hijos en escuelas-prisiones, o en cárceles religiosas que, tienen como función principal borrar la vida de los niños, tornándolos sumisos, esclavos e inútiles para la vida. Tendrías antes de mostrar tu discernimiento delante de la vida y tu serenidad delante de la muerte. Tendrías que decirme lo que comes y los que bebes. Yo tendría que sentir tu pulso dentro del peligro, interrogarte después de una «victoria» y golpear a tu puerta después de un fracaso.

-Oh, Populacho!

Para conocerte estuve sujeto a tus ideas, viví a tu lado, asistí a tus charlas y siempre mantuve los oídos atentos hacia tu debilidad mental. Te sigo por carreteras diversas, mirando pasmado para tus gestos, *oyendo* con atención tus mentiras e investigando todo tu ciclo vegetativo... Muchas veces hablé, de tus brazos rígidos, de tus espaldas curvadas y de tu vientre hinchado... pero tú decías que *yo* te estaba

envidiando y que para ti la estática y el cuerpo eran igual a la mierda.
-Eres un enfermo, Populacho!